

Viernes 5 junio 840.

(2 reales.)



LA PSIQUIS, PERIODICO DEL BELLO SEXO.

NUMERO 14.

TOCADOR.

Del prendido de las mugeres en la antigüedad.



ANTIGUO es dedicarse las mugeres á realzar la belleza de sus cabellos dándoles mil formas diversas, y adornándolos con piedras y metales preciosos. En Roma y Grecia miraban la cabellera como una cosa sagrada: juraban por sus cabellos, y sus amantes tambien. «Por esas encantadoras trenzas, decia uno de ellos, con que encadenaste mi corazon.» La mayor prueba de sentimiento era despojarse de sus cabellos sobre la tumba de las personas que bien querian. La antigüedad pondera el patriotismo de las damas romanas, las cuales durante el sitio del Capitolio, se cortaron los cabellos que sirviesen de



cuerdas para las máquinas, «prefiriendo, dice la historia, vivir calvas y deformes, pero libres con sus esposos, á permanecer esclavas y adornadas con su cabellera.» A fin de perpetuar este rasgo de patriotismo, los romanos dedicaron un templo á *Venus calva*.

Los maridos celosos cortaban los cabellos á sus mugeres, y de esta suerte las obligaban á permanecer en casa, causándoles vergüenza salir con la cabeza rapada. Conforme á una superstición muy generalizada, cada muger tenía un cabello consagrado á Proserpina, y no podía morir si no se le caía.

En la remota antigüedad las recién casadas consagraban su cabellera á Juno y á Diana, y sustituían al peine y aguja un hierro de lanza. Las lacedemonias se rapaban la cabeza á navaja antes de entrar por primera vez bajo el techo conyugal.

En aquellas épocas las mugeres mostraban mucha sencillez y gracia en los prendidos. Solo las sacerdotisas de Baco llevaban el cabello suelto. Las jóvenes griegas lo ataban sobre la frente y en la parte posterior de la cabeza, envolviéndolo con un velo ó redcecilla. También lo llevaban anudado sobre la coronilla, y así vemos representada á Diana, cuyo prendido se llamaba *corimbo*. Este se variaba adornándolo con fajas ó vendas y diademas. También llevaban una especie de sombrerillo redondo sin ala, y de copa sumamente baja, lleno de bordados de oro y plata.

Generalmente reinaba en el tocado la sencillez y gusto mas puro, de que no se desviaban ni las reinas ni las cortesanas. Un velo ligero con pliegues regulares, cayendo hasta los hombros casi igual á nuestras mantillas españolas, deja ver los hermosos bucles de la célebre Aspasia. Por detras no estaban sujetos, sino que se mezclaban con los pliegues del velo, cuya longitud sobrepujaban asomando por debajo de él, y perfumando el ambiente con el vapor de las esencias y cosméticos de que se hallaban impregnados.

Por el contrario la cabellera oriental de Berenice se distingue por infinitos tirabuzones que rodean su cabeza, sujetos en torno de ella por una banda de púrpura. El lujo y arte campean mas en esta, que la simplicidad y gusto del prendido de la bella Aspasia.

Las damas romanas no siempre han imitado á sus ascendientes. La profunda y universal corrupción que la caída de la república introdujo en el imperio romano, cundió también á las artes, y por consecuencia al gusto y al traje mugeril.

Una dama romana tenía á su servicio multitud de esclavas llamadas *ornatrices*, cada una de las cuales tenía su especial destino. Al despertarse por la mañana se hacia quitar delicadamente con una esponja una costra espesa formada de una especie de pasta que se componía de cal, habas y arroz. Dicha pasta se aplicaba de parte de noche para conservar ó renovar el colorido y frescura de la tez. Si se empañaba el esmalte de los dientes, se hacia poner otros de marfil, sujetos á las encías por medio de hilos de oro.

Entraba luego la *peluquera* á aclaracer, peinar y rizar los cabellos con el hierro, dividirlos en trenzas, y adornarlos con cintas, y alfileres de oro, plata ó marfil, preciosamente trabajados.

(Se concluirá.)

EL DELANTAL AZUL.

Conclusion.

Eugenio y Carlos Arseuil frecuentaban la casa de Luisa. Ambos la amaron; pero el corazon de esta no podia dividirse. Eugenio fue el preferido. Los celos ahogaron en el corazon de Carlos todo sentimiento de humanidad y naturaleza, y resolvió vengarse. No pudo realizar tan pronto sus proyectos, porque su destino le llamó á desempeñar una comision del servicio en el buque de que era oficial. Tardó mucho tiempo en volver. A su regreso la perspectiva de la felicidad de su hermano realzada con la vista de la muger que la habia despreciado, y del fruto de su ternura, le sugirió la idea de destruir á todo trance tan pura felicidad. Conociendo el carácter sensible de Eugenio se contentó con echar una chispa, la cual prendió desgraciadamente en el corazon de este. Frecuentaba con algunos amigos la casa de unas modistas, y se permitia con la franqueza de marino algunas libertades en ella. Allí vió coser el vestido de Amalia y envolverlo despues de cosido para llevarlo al dueño. Bajo pretexto de reconocerlo y alabarlo lo desdobló, y con disimulo colocó en él el billete de que se habló ya, sin considerar en su delirio de venganza lo fácil que era una justificacion, si Eugenio tenia la suficiente serenidad para apurar el origen. No sucedió así; y ya hemos visto los fatales resultados de la precipitacion de Eugenio.

No tardó este en descubrir la horrorosa verdad. Disfrazóse de mendigo, decidido á asesinar á su hermano donde quiera le encontrase. Dirigióse en primer lugar á Rennes, y allí no le fue difícil averiguar el paradero de Amalia, como tambien el cuidado maternal con que la trataba Mad. Dupré. Ya se ha visto el modo con que se le dió á conocer, y la casualidad que le hizo saber la proximidad del enemigo á quien buscaba con tanto encarnizamiento. Aunque desde el primer dia acudió al lugar de la cita, siempre advirtió gente sospechosa, y no se resolvió á hablarle hasta el momento en que espiraba el plazo.

Carlos frecuentaba la casa de Mad. Dupré, habiéndose poco antes retirado del servicio de la marina. Ignorando Mad. Dupré sus antecedentes y relaciones de parentesco con su protegida, le refirió la historia del hallazgo de Amalia. Como el vestidito que esta llevaba entonces era de bastante valor, Mad. Dupré lo guardó para ponérselo en alguna festividad señalada, en especial el delantalito azul; el cual creyó la niña se lo regalaba á su segunda madre. En una de estas ocasiones lo vió Carlos, y un rayo de horrible luz le iluminó, pues no dudó ya á quien pertenecia. Los celos recrudecidos le trasportaron, y despues de prodigar á la inocente epitetos injuriosos, quiso rasgarle el delantal, con asombro grande de Mad. Dupré, á la cual jamás quiso declarar el motivo de su antipatía contra aquella pobre criatura. Hé aquí explicado el misterio.

Al dia siguiente no se hablaba en Rennes de otra cosa sino del desafío de Mr. Arseuil con un sugeto desconocido en el bosque á orillas del camino. El sugeto desconocido desapareció. Algunos lo vieron y digeron iba vestido con una capa andrajosa; pero nadie lo persiguió porque Mr. Arseuil herido de muerte declaró haberse batido con leal-

tad, y ser él merecedor de la suerte que le cabia. Pidió perdon á Dios, á Luisa, á Amalia, y á Eugenio y espiró. El duelo tuvo lugar junto al mismo valladar de palos atravesados, donde siete dias consecutivos acudió Mad. Dupré á esperar al dueño del billete, y sobre el césped donde jugueteaba Amalia.

De allí á poco tiempo un dependiente del tribunal anunció á madama Dupré se la constituía tutora y curadora de Amalia Arseuil, heredera de un capital de 500,000 francos, por muerte de su padre Eugenio Arseuil, que acababa de morir. Corrieron voces que se habia envenenado; pero jamás se supo con certeza.

LA MONJA EMPAREDADA.

Conclusion.

III.

El marques de Linsdale tenia una hija, su orgullo y su esperanza. Destinábala á enlazar las glorias de su familia con la altiva de Asthon, y el primogénito de esta casa se hallaba en visperas de dar la mano de esposo á la bella Lia. Dos dias antes de la ceremonia Dunstan de Asthon fue muerto, y Lia desapareció de la casa paterna. El doble crimen quedó sin venganza. Lia era esposa ante Dios, del gallardo Arturo. Este desafió al pretendiente. «Si muero, dijo á su esposa, quedas libre: si muere él, ven á buscarme á mí y á tu hija.»

El pretendiente sucumbió. Lia corrió en busca de su esposo; pero el cielo habia escrito no se volverian á ver. Arturo no habia llegado al sitio de la reunion. En vano Lia gritó desesperada; en vano indagó, en vano ofreció; el misterio encerraba á Arturo y á su hija, la pequeña Teodora, en su oscuro seno, y Lia se resolvió á perecer. Dejadme, decia rechazando los caritativos desvelos de unas buenas gentes que la recogieron; dejadme morir.—No morirás, le dijo su padre, que cual vision amenazadora, se apareció á la cabecera de su cama; vivirás si, para llorar y arrepentirte, y para lavar la mancha de deshonor que has impreso en nuestra familia. Tu seductor y el indigno fruto de tu liviandad ya no existen. Ven.—A los cuatro dias Lia habia tomado el velo. Una virtud hija de la desesperacion y melancolía, la elevaron al cabo de algunos años al eminente puesto de abadesa del monasterio. Su historia fue un secreto, y por eso la respetaban, y por eso la maledicencia no penetraba los pliegues de su venerable toca, y se humillaba ante la hija del marques de Linsdale.

IV.

En los subterráneos del monasterio habia limpio un sepulcro. Al lado útiles de albanilería, cal y arena, y algunas piedras toscas penetradas de humedad.

Los perseguidores de la desgraciada Edith hicieron muestra de horrible actividad. La cabeza de Ricardo como raptor sacrilego, rodaba en un cadalso, mientras la monja aprehendida caminaba á su monasterio. ¡Infeliz!

Las doce de la noche habian sonado: las religiosas se hallaban reti-

radas en el fondo de sus celdas, escuchando el huracán que bramaba en el bosque vecino, y conciliando un puro sueño con la salvaje armonía de la tempestad. Solo seis personas no velaban en el monasterio, y estas seis personas celebraban un misterio de iniquidad en los subterráneos. Una era la víctima y cinco los verdugos.

La abadesa ocupaba un banco de piedra con dos monjas provectas al lado, de aquellas que no saben lo que es sentir, y cuyo corazón solo la envidia y el fanatismo han hecho palpar. Edith permanecía de pie como una estatua de mármol blanco, sostenida por dos monjas, ejecutoras de la horrible sentencia. Una lámpara, cuyo reflejo apenas dejaba ver los objetos á corta distancia, iluminaba aquella escena de horror.

Hermana, dijo la abadesa, dirigiéndose á Edith, habeis quebrantado la santa regla de nuestro monasterio, escandalizado á vuestras hermanas, y hecho blasfemar á los profanos con vuestra infame apostasia. El Señor os reciba en su seno.—Amen, respondieron las cuatro monjas. La abadesa y sus consejeras se retiraron; al subir la escalera, oyeron aun los alaridos ahogados de una desesperacion, cuyo eco se apagaba en las macizas paredes del subterráneo. De allí á media hora subieron las ejecutoras con los útiles de albañilería. Los subterráneos habian quedado limpios, y ya no habia ningun sepulcro abierto.

V.

Cuando nació Teodora, temiendo Lia y Arturo las consecuencias de un enlace contraído bajo fatales auspicios, y los efectos de la venganza del marques de Linsdale, señalaron el brazo derecho de la recién nacida con una cruz, y las iniciales del nombre de sus padres L. A. Aquel los persiguió en la fuga, encerró á Lia en el monasterio, y no queriendo encarnizarse con la niña, la abandonó á la caridad de unas pobres gentes, quienes la cuidaron como hija hasta la edad de quince años.

VI.

Un sudor helado corrió por los miembros de la abadesa, cuando supo se habia consumado el sacrificio. Aquella misma noche tuvo ensueños horribles, y Edith luchando contra las crueles agonías de la muerte se le ofreció cádena, los ojos salidos, y gritándole: «ven conmigo al sepulcro.» La luz del día redobló sus torcedores. Llamó á las monjas ejecutoras y bajó con ellas á los subterráneos. Un pico derriba en pocos instantes la pared del sepulcro de Edith. La abadesa arrima su luz para reconocer si habia espirado. La víctima estaba bien muerta. En las postreras convulsiones se habia rasgado los vestidos, y un brazo de alabastro resaltaba sobre la oscuridad vecina..... La abadesa vacila..... ¡Horror y maldicion!.... una cruz y dos letras L. A. se distinguen en aquel brazo.

Edith era su llorada hija, era Teodora, y su madre la acababa de asesinar.

VII.

Las pobres gentes á quienes el marques de Linsdale abandonó á su nieta, ignorando su nombre le pusieron el de Edith. A los 15 años, melancólica y sin conocer pasiones, quiso entrar en un monasterio, y

fue admitida en el de Selkirk. Su amante la vió, y Edith amó, cuando entre ella y el amor la divinidad habia alzado su barrera impenetrable. El amor habló mas alto. Huyeron, y Edith fue sorprendida en la fuga.

El dia siguiente al suceso que referimos, en la iglesia del monasterio de Selkirk doblaban á muerto. Un cadáver yacia en un elevado túmulo, y era el de la abadesa, hija del marques de Linsdale. Si preguntaban á las monjas la causa de una muerte tan repentina, ninguna respondia.

FERNAN RUIZ DE CASTRO.

Continuacion.

II

Sombrías las noches son,
Sombríos los duros celos,
Unas y otros llevan velos
Del mas fúnebre crespon.

No es ageno de reproches,
Es locura de locuras,
Andar un celoso á oscuras
Dando sombras á las noches:

Que en la oscuridad y horror,
Poner juntas sombras tantas,
Es aventurar las plantas
En el caos del error.

Envueltos en su gaban
Tras los mirtos y la yedra,
Que en torno de un sauce medra,
Callan Fortún y Fernan.

Inmóviles los dos así
Van reprimiendo su aliento,
Como si pudiese el viento
Declarar que estan allí.

Desde aquel parage oculto
Como fieras en cobil
Con la astucia mas sutil
Sobre el muro ven un bulto:

Y es un apuesto doncel,
Doncel que el muro ha salvado,
Y al jardin se ha descolgado
Por el tronco de un laurel.

No tarda en aparecer
Otro bulto mas allá:

Cercano á la puerta está,
Y ese bulto es de muger:

Sin que su union se dilate,
Los dos bultos por detras
Forman un bulto no mas
Junto al aromoso arriate.

—¡Fortun! exclamó el de Castro,

Velos allí: vamos ya,
Que mi sangre hirviendo está;
Vamos sin perder el rastro.

No hay duda, es Estefanía:
Yo distinguí su pellote:
Mi puñal será su azote:
Mueran á mi furia impia.”

Dice, y como tigre hambriento
Con ayuno de dos dias,
Que de las matas bravías
Cuando salta, hiende el viento,

Que á sus presas ataraza,
Bebe sangre en sus enojos,
Y hechos brasas ambos ojos,
Hiere, rasga, despedaza:

Se arroja al punto Fernan
Con el puñal matador,
Que refleja su furor,
Sobre el nocturno galan.

En sus entrañas con brio
Hundió el acero inclemente,
Que entró en sus entrañas frio
Y de ellas salió caliente:

Dos veces brilló desnudo,
Que á las tres perdió el fulgor,
Porque de rojo color
Vestirlo la sangre pudo;

Y con las ansias mortales
Buscó el alma una salida,
Que la halló bien prevenida
Por tres puertas casi iguales.

Murió en verde lozania,
Que á la muerte no hay quien calme:
No pudo decir ¡Dios valme!
Y en la lengua lo tenía.

Mas la muger, triste, incierta,
Con el susto de tal caso,
Fuese huyendo á largo paso

Salvando jardín y puerta.

Jadeando por demas
Subía los escalones,
Y se perdió en los salones
Sin volver la vista atras.

Fortún fue en su seguimiento
Para cumplir su venganza;
Dirigióse sin tardanza
De su esposa al aposento.

Su primer sueño dormía
Con un tierno infante al lado,
Sin zozobra ni cuidado,
La inocente Estefanía.

Mas de nada le sirvió
Contra bárbaros furoros
Tener un ángel de amores;
Que el ángel tambien durmió.

¡Infeliz! ¡nitida estrella,
Y en tan mal hora dormida!
Que no ves al homicida
Ni el te puede mirar bella,

Para detener su brazo,
Y cambiar sus sinrazones,
Hecho esclavo en tus prisiones,
En un ósculo y abrazo!

¡Infeliz! Fuerza es sucumbas!...

¡Clavado tu hermoso pecho,
Desde el sueño de tu lecho,
Vas al sueño de las tumbas!

De la noche en el capuz
Se oculta tal atentado,
Mas hecho tan mal recado,
Fernan es quien pide luz:

Y la luz vino á alumbrar
La escena de graves duelos,
Los errores de los celos,
La injuria de sospechar,

La muerte injusta y mal dada,
El sueño de un serafin,
Y por complemento y fin
La maldad de una criada.

Sobre un tálamo de cedro

Con sobervia colgadura,
Yace yerta la hermosura,
Y á su lado el niño Pedro:

Duerme el ángel inocente,
Todo de jazmin nevado,
Pero que está salpicado
Con la púrpura reciente,

Que destila la honda herida
De aquel cariñoso seno,
Que al estar de vida lleno,
Vivió, para darle vida.

Cabe el lecho, en un rincon
Una muger malhadada
Llora y gime arrebujaada
De su dueña en el pellon:

Confiesa su demasia,
Sus citas, y travesura
De tomar la vestidura
De la pobre Estefanía.

Tan desastrado suceso
Llora Fernan imprudente,
Se da golges en la frente,
Parece perder el seso.

Por la cámara vagaba
Con el pie desacertado,
Con el cabello mesado.
Y á las veces exclamaba:

«Sombrias las noches son,
Sombrios los duros celos,
Unas y otros llevan velos
Del mas fúnebre crespón.

«No es ageno de reproches,
Es locura de locuras,
Andar un celoso á oscuras,
Dando sombras á las noches:

«Que en la oscuridad y horror,
Poner juntas sombras tantas
Es aventurar las plantas
En el caos del error.»

(Se continuará.)

LA TORRE DE NESLE.

(Véase la lámina que acompaña á este número.)

Todas nuestras lectoras han podido horrorizarse de los sangrientos misterios que en esta terrible torre se han celebrado, y el sombrío drama de *Margarita de Borgoña* de A. Dumas les ha interesado, cuando tales dramas anduvieron en boga. Vamos ahora á ver lo que fue la famosa torre de Nesle despojada de sus atavíos poéticos.

La torre de Nesle formaba parte de un palacio del mismo nombre en París. En el reinado de Felipe Augusto, se llamaba torre de Felipe Hamelin; y allí empezaba la muralla de París por la parte meridional, sirviendo dicha torre de fortificación. A la orilla opuesta del Sena se elevaba otra torre llamada *Torre del Rincon*. En aquella época de guerras y disensiones una enorme cadena de hierro, sostenida á trechos por algunos barcos, se fijaba por un lado á la torre del Rincon y por otra á la torre de Nesle. Luego se fueron añadiendo á esta algunos torreones y edificios accesorios.

Inmediato á él habia un vasto palacio, propiedad de un tal Amauri de Nesle. Este lo vendió á *Felipe el Hermoso*, y despues pasó á *Juana de Borgoña*, esposa de Felipe el Largo. Esta princesa lo hizo célebre por sus crímenes. Allí entregada á sus vergonzosas inclinaciones, mancillaba á la vez el título de reina y de esposa. Dicese que desde sus ventanas acechaba á los transcuentes, y si alguno le agradaba le hacia llamar; y satisfecha su pasion, mandaba precipitar al amante en el Sena que corria al pie del edificio, y le ahogaba. Varias son las opiniones tocante al nombre de la princesa á quien Dumas llama *Margarita*; pero se cita á un tal Buridan, célebre estudiante de París, á quien la reina Juana de Borgoña mandó meter en un saco y precipitar en el Sena. Esta reina habitó casi continuamente el palacio de Nesle. Dicho edificio sufrió varias vicisitudes hasta que desapareció, y en su lugar fue levantado el colegio Mazarino, al presente Palacio del Instituto.

MODAS.

Un lindo y gracioso trage nos ofrecen los últimos figurines que lo son del 20 de mayo. La frescura y elegancia compiten en él con la belleza y armonia de sus proporciones. Es verdad que no es una de aquellas novedades que forman época; pero bien se puede llamar novedad de primavera, pues todo en ella respira el ambiente de esta bella estacion.

El vestido es de raso blanco, y sobre él otro de boviné abierto por delante con un gran volante de encage tambien blanco que lo guarnece. Tanto dicho volante como el vestido de boviné tienen unas delicadas bordaduras color de rosa, únicas que interrumpen la blancura del total. Las mangas son igualmente de tül, dejando ver el brazo en trasparente. La hechura del cuerpo es peto con punta con una magnífica guarnicion de encage blanco, que forma valona. El sombrero guarnecido de randa blanca con bordados color de rosa: el casco y lazos del mismo color. Un lloron caido al lado. Guantes azules. Frontiñé y tirabuzones. Chal de raso negro.

En Valencia notamos, como hemos insinuado en otras ocasiones, una laudable emulacion en nuestras graciosas paisanas, de suerte que apenas llega el figurin de París, ya lo vemos reproducido en los paseos con un gusto y conciencia, que nada nos deja que envidiar á las brillantes concurrencias de Longchamps, y á los dorados salones de la aristocracia francesa.

VALENCIA.

IMPRENTA DE MANUEL LOPEZ.

1840.